

batir. Los generales Stahlhauptsch y Willenberg se arrojaron con tanta impetuosidad sobre el ala izquierda de los imperiales, que toda la caballería que la protegía fué puesta fuera de combate por este primer ataque. El ala izquierda, sin embargo, comenzaba á vacilar, pero el ala derecha vino en el acto en su auxilio: estos dos cuerpos reunidos atacaron al enemigo por retaguardia, lo asaltaron al mismo tiempo por sus flancos é introdujeron el desórden en sus filas. La infantería de los dos partidos habia permanecido indomable, y cuando se concluyó la pólvora continuó batiéndose á culatazos hasta el momento en que el ejército imperial, cercado por todas partes, cedió al fin el campo de batalla despues de tres horas de una lucha encarnizada. Por ambas partes, los gefes habian dado numerosas pruebas de talento y de valor; el archiduque Leopoldo especialmente se mostró siempre el primero en el ataque y el último en la retirada.

Esta victoria costó á los suecos mas de tres mil soldados y dos de sus mejores generales, Schlangen y Lilienhoeck; la pérdida de los imperiales fué mas considerable, porque dejaron en el campo de batalla cinco mil muertos, otros tantos prisioneros, cuarenta y seis cañones, casi todos los bagajes del ejército, la chancillería y toda la vajilla de plata del archiduque. Demasiado debilitados por esta victoria para perseguir al enemigo, Forstensohn avanzó sobre Leipzig: el ejército imperial huyó á Bohemia en donde reunió sus restos diseminados. El archiduque Leopoldo se puso tan furioso por la pérdida de esta batalla, que pretendia haber sido causada por la huida de un regimiento de caballería, que le hizo experimentar los terribles efectos de su cólera: lo reunió en Nackonitz, en Bohemia, lo degradó en presencia del ejército, le quitó sus caballos, sus armas y sus insignias,

hizo destrozár sus estandartes, y mandó fusilar á varios oficiales y diezmar á los soldados.

La rendicion de Leipzig, que se verificó tres semanas despues de la batalla, fué para los suecos una de las mas hermosas consecuencias de este triunfo. Esta desgraciada ciudad se vió obligada para salvarse del saqueo á pagar una contribucion de mil toneladas de oro (cerca de doscientos mil pesos) y una gran cantidad de paño, lienzos y todos los objetos necesarios para equipar de nuevo al ejército sueco. A los comerciantes extranjeros que tenian depósito en la ciudad se les impuso una contribucion por separado.

Durante el mismo invierno, Forstensohn puso sitio á Freiberg, el que á pesar del rigor de la estacion se llevó adelante con un ardor infatigable. La constancia de los sitiados y la aproximacion de Piccolomini lo hicieron renunciar á esta empresa, pero habia tenido por lo ménos la ventaja de hacer á los imperiales el abandonar sus cuarteles de invierno y complicarles en expediciones que les costaron mas de tres mil caballos. Para acabar de molestarlos, se dirigió hácia el Oder, donde se reforzó con las guarniciones de la Silesia y de la Pomerania; y por un movimiento tan brusco como inesperado, volvió á presentarse de nuevo en las fronteras de la Bohemia, atravesó este reino con la rapidez del rayo, entró por segunda vez en Moravia, libertó á Olmütz, que estaba á punto de rendirse á los imperiales, estableció su campamento á dos leguas de la fortaleza, impuso contribuciones de guerra exorbitantes, é hizo recorrer el campo por medio de tropas ligeras que extendieron sus excursiones hasta los puestos avanzados encargados de defender los puentes de Viena.

Reducido á temer por su capital, el emperador llamó en



su auxilio á la nobleza húngara; pero se negó á este llamamiento bajo el pretexto de que sus privilegios la dispensaban de combatir por el emperador en otro territorio que no fuera el de Hungría. Durante estas negociaciones estériles, los suecos habian tenido tiempo de hacerse dueños de toda la Moravia. La actividad infatigable y el valor intrépido de Forstensohn admiraron no solamente á sus amigos y enemigos, sino que sus rápidos triunfos despertaron la envidia de los aliados de la Suecia. Las tropas de la Hesse y las de Francia y Weimar, mandadas por el general de Eberstein y por el mariscal de Guebriant, acababan de entrar en el arzobispado de Colonia donde establecieron sus cuarteles de invierno. Poco satisfecho de la presencia de estos huéspedes importunos, el arzobispo elector habia llamado al general austriaco de Hatzfeld, para que lo libertara de ellos y al mismo tiempo confi6 el mando de sus tropas al general Lamboy; pero los aliados atacaron á este ejército cerca de Kempen, en el mes de Enero de 1642, y su derrota fué tan completa que perdió cerca de dos mil hombres y mas del doble fueron hechos prisioneros.

Eberstein y Guebriant, dueños por esta victoria de todo el electorado de Colonia, establecieron sus cuarteles de invierno en esta rica comarca, donde remontaron su caballería y levantaron nuevas tropas. Muy pronto, sin embargo, confi6 Guebriant á las tropas de Hesse el cuidado de defender las conquistas del Rin contra el conde de Hatzfeld, y avanz6 hácia la Turingia donde Forstensohn se disponia á emprender un ataque sério contra la Sajonia. Pero en vez de unirse al ejército sueco not6 que se habia alejado del Mein, mas de lo que se lo permitian las instrucciones de su gobierno, y en consecuencia volvi6 á toda prisa hácia este rio. Los bávaros

que á las órdenes de Mercy y de Juan de Werth estacionaban en el territorio de Badeu, le impidieron el paso, obligándolo á marchar al acaso y á acampar sobre la nieve y sobre el hielo con un ejército desprovisto de todo, y solo despues de algunas semanas de esta miserable existencia logró procurarse en el Brisgan un asilo un poco mas tolerable. En el verano siguiente se presentó de nuevo en Suabia, é impidi6 al ejército bávaro ir á socorrer á Thionwult que estaba sitiada por el célebre príncipe de Condé, conocido todavía con el nombre de duque de Enghien. La superioridad del enemigo lo oblig6, sin embargo, á volver á Alsacia para esperar allí refuerzos. Pero estos refuerzos no llegaron, porque la atencion de la Francia se habia separado del teatro de la guerra á causa de la muerte del cardenal de Richelieu.

En el mes de Noviembre de 1642 fué arrebatado este grande hombre de Estado á los negocios que dirigia con tanta gloria, y el 13 de Mayo del año siguiente su soberano Luis XIII, lo sigui6 á la tumba.

Herederó del poder, de los principios y de los proyectos de Richelieu, el cardenal Mazarino trabaj6 con empeño en la realizacion de los planes que le habia legado su ilustre antecesor; pero en lugar de concentrar como aquel lo habia hecho todas sus fuerzas contra la España, las emple6 contra el emperador, y de este modo justific6 la opinion que habia enunciado sosteniendo que el ejército frances en Alemania era el brazo derecho del rey de Francia y el baluarte de sus Estados. Consecuente con este principio, se apresur6 á enviar refuerzos considerables á Alsacia, y para inflamar el entusiasmo de estas nuevas tropas, las coloc6 bajo las órdenes del duque de Enghien, que ya habia conquistado la estimacion y la confianza de los soldados con la victoria de Rocroi. Estos



refuerzos permitieron á Guebriant abrir otra vez la campaña con mucho aparato.

A pesar del rigor de la estacion, pasó el Rhin, entró á Suabia y se apoderó de Rottweil, donde los bávaros habian formado un depósito de armas, municiones y víveres. Esta conquista importante costó caro á los franceses, porque durante el sitio, el mariscal Guebriant recibió una herida en un brazo, que la torpeza del cirujiano volvió mortal, y muy pronto la plaza cayó de nuevo en poder de los bávaros. El ejército frances, abrumado por las fatigas y considerablemente disminuido por todas estas expediciones en medio del invierno, se retiró poco despues de la toma de Rottweil á los alrededores de Tuttlingen, donde se entregó á los goces del descanso sin pensar en la posibilidad de un ataque. Entre tanto el general de Hatzfeld unió su cuerpo de ejército al de Baviera mandado por Mercy, y en breve el duque de Lorena, á quien durante esta guerra se vé en todas partes excepto en su ducado, se incorporó con sus tropas á estos dos generales, quienes de comun acuerdo se propusieron sorprender á los franceses en su campamento.

Esta clase de expediciones eran muy comunes en aquella época, y á menudo costaban mas sangre que la que se deramaba en muchas batallas campales, pero tambien casi siempre producian resultados decisivos. Una empresa semejante no podia fracasar contra los franceses que no tenian experiencia de ellas, y quienes en todo caso se creian bastante bien protegidos por el rigor de la estacion, á la cual suponian que los soldados alemanes eran tan sensibles como ellos mismos. Juan de Werth, que pasaba con justa razon por un gran maestro en este sistema de guerra, quedó encargado del mando en jefe en el golpe de mano proyectado contra

los franceses. Resuelto á atacarlos por el lado en que los estrechos desfiladeros y los espesos bosques parecian hacer inaccesible, su campo se puso en camino hácia este punto, el 24 de Noviembre de 1643.

Protegida por la nieve que ese dia caia en abundancia y oscurecia el aire, la vanguardia pudo avanzar sin ser notada hasta la entrada de la aldea de Tuttlingen, donde se detuvo, y se apoderó sin miedo de toda la artillería, que en un parque estaba situada en medio del campo; sin otra defensa que el hielo que parecia haberla clavado en el suelo. Durante este tiempo, el resto del ejército enemigo habia tomado posicion al rededor del campamento de manera que quedase cercado por todas partes. Ya se habian apoderado del castillo de Honberg sin tirar un tiro, cuando los franceses encerrados en la aldea de Tuttlingen que está á poca distancia del castillo, advirtieron que venian á atacarlos, pero reconocieron al mismo tiempo que la resistencia era imposible. Rodeados por el enemigo, separados de las aldeas vecinas donde acampaba el resto del ejército, sin artillería y á punto de sufrir el fuego del castillo que acababan de arrebatárles, no les quedaba en efecto otra esperanza de salvacion que la fuga. Una parte de la caballería secundada por la buena clase de sus caballos logró escapar, pero la infantería fué pasada á cuchillo ó tuvo que rendir las armas. Esta derrota les costó dos mil muertos y siete mil prisioneros, entre los que se contaban veinticinco oficiales superiores y noventa capitanes.

Esta larga guerra presentó el ejemplo de diversas batallas mucho mas sangrientas que la del 24 de Noviembre; pero esta fué la única que causó una alegría igual á los dos partidos que dividian la Alemania; porque uno y otro se componian de alemanes, y la humillacion de la derrota no caia en este caso



mas que sobre franceses. Las heroicas empresas de Turena y de Condé no tardaron en lavar la afrenta de esta cruel jornada. Pero no debemos por esto escusar ménos á los alemanes si se aprovecharon de esta desgracia para vengarse de la política pérfida del gobierno de San German, componiendo cantos burlescos acerca del rudo golpe que el valor frances habia sufrido en el campo de Tuttliagen.

Respecto á los suecos, cuya vanidad nacional no estaba interesada en la derrota de los franceses, esta derrota fué una desgracia tanto mas sensible, cuanto que los heria en el momento en que un nuevo peligro los obligaba á trasportar la guerra á otro punto de la Europa.

La parcialidad de Cristiano IV en el papel de mediador de que se habia encargado entre la Suecia y la Alemania, su envidia secreta y constante contra la primera, que le impelia sin cesar á molestar su navegacion y poner trabas á su comercio, cansaba hacia ya mucho tiempo la paciencia del gobierno sueco. El temor de lanzarse á una nueva guerra, cuando la nacion se doblegaba bajo el peso de la antigua, habia contenido al principio el deseo de la venganza; pero como las vejaciones de los dinamarqueses eran cada dia mas intolerables, comprendió que seria vergonzoso el no oponerse á ellas abiertamente, y la regencia autorizó al general Fortensohn á castigarlos de sus insultos. Por otra parte, en Alemania casi no se guerreaba mas que por ocupar y proporcionar alimentos á los soldados, y frecuentemente no se arresgaba una batalla sino para procurarles buenos cuarteles de invierno; pero las provincias alemanas carecian aun de lo necesario, miéntras que la abundancia reinaba todavía en el Holstein. La esperanza de levantar allí nuevas tropas, recoger caballos y hacer provisiones de víveres y municiones, era ade-

mas un motivo poderoso para inspirar á Fortensohn el deseo de invadir esta provincia. La mala administracion del gobierno dinamarques lo autorizaba á emprender proyectos mas vastos si lograban atacarla antes de que hubiese pensado el ponerla en estado de defensa. Por lo mismo se trató este negocio en Estocolmo con tanta prudencia, que fué un misterio para el embajador de Dinamarca y hasta para los de Francia y Holanda.

En Alemania tambien estaban muy lejos de adivinar el verdadero objeto de la marcha caprichosa é irregular de Forstensohn. Tres meses antes de la batalla de Tuttlingen este general habia dejado bruscamente la Moravia. Avanzando tan pronto á Silesia, como volviendo sobre el Elba, se habia burlado, por decirlo así, de los imperiales que inútilmente habian procurado alcanzarlo. Al llegar á Torgau, arrojó un puente sobre el Elba, é hizo esparcir el rumor de que pensaba penetrar á Baviera por la Moravia y el alto Palatinado. Despues desapareció de repente para mostrarse de nuevo en Barbi y hacer todos los preparativos necesarios para pasar el Elba. Pero fingiendo por segunda vez renunciar á este proyecto, descendió el rio, dando vueltas incomprensibles hasta Harelberg, donde declaró á su ejército, para quien su conducta era un enigma, que iba á conducirlo contra los dinamarqueses y que se comenzarian las hostilidades por la invasion del Holstein. Sus tropas se esparcieron en el acto por todo este país y se apoderaron de todas las plazas fuertes de él. Otro ejército sueco entró al mismo tiempo á la Seania, en la que no encontró casi ninguna resistencia; solo el extremado rigor del frio pudo impedirles el pasar el pequeño Belt, estender sus conquistas y apoderarse de las islas de Seeland y de Firnia. Los elementos



parecian haberse conjurado contra la Dinamarca, porque su flota naufragó cerca de Femern, y Cristiano IV que la mandaba perdió el ojo derecho que le reventó un pedazo de madera.

Privado de su flota, separado por una gran distancia del emperador que era su único aliado, el desgraciado rey de Dinamarca estuvo á punto de ver realizarse la profecía del célebre Tycho-Brahe, segun la cual seria arrojado del trono y andaria errante como fugitivo con un tosco baston en la mano.

El gabinete imperial era demasiado político para permanecer espectador inactivo de la ruina de Dinamarca en provecho de la Suecia, y por lo mismo se decidió á enviarle socorros. A pesar de las dificultades que se oponian á la marcha de un ejército al traves de una larga série de países arruinados por la guerra, el hambre y las epidemias, el general Gallas, á quien el emperador acababa de nombrar comandante en gefe, penetró en el Holstein. Despues de apoderarse de la ciudad de Kiel, se unió con el ejército dinamarques, lisonjeándose de encerrar á los suecos en la Jutlandia. A la vez el general austriaco Watzfeld y el arzobispo de Bremen, hijo de Cristiano IV, ocupaban á las tropas de Hesse y de Suecia, mandadas por Königsmark, y por medio de un falso ataque sobre la Misnia, habian logrado atraer á este general á Sajonia, donde parecia segura su pérdida. Pero el intrépido Forstensohn, que se habia abierto un paso entre el Schleswig y Stapelholm, marchó al encuentro de Gallas y lo obligó á remontar el Elba hasta Bernburg. Cerca de esta ciudad los imperiales establecieron un campo fortificado, y el generalísimo sueco, no juzgando á propósito molestarlos en él, pasó el Saale y no se detuvo hasta no

haber tomado unas posiciones que lo separaban enteramente de la Sajonia y de la Bohemia.

Esta maniobra produjo el hambre en el campo de Gallas; para sustraerse á ella, se replegó á Magdeburgo; pero su retirada en nada cambió lo horrible de su posicion. La caballería imperial que habia procurado huir por la Silésia fué destrozada. Juterbock y el resto del ejército pereció cerca de Magdeburgo, procurando inútilmente abrirse un paso con las armas en la mano. Gallas no recogió de esta expedicion empuñada con fuerzas considerables, sino la gloria de ser considerado como *un general incomparable en el arte de perder á un ejército.*

Obligado, por último, á pedir la paz, el rey de Dinamarca la obtuvo pero bajo condiciones tan duras como humillantes. Esta paz se firmó en Bremseboor en 1645.

Prosiguiendo su victoria, Forstensohn invadió de nuevo la Bohemia, mientras que sus generales Axel-Lilienstern y Königsmark inquietaban el uno el electorado de Sajonia y el otro los Estados de Bremen.

Reducido á temblar otra vez por sus Estados hereditarios, el emperador se dirigió á Praga para animar á sus súbditos con su presencia y restablecer la armonía entre sus generales, que siendo iguales en poder, no lo eran en sus pretensiones y frecuentemente sacrificaban el interes general á sus envidias particulares. El mismo se encargó del mando en gefe, ordenó al general Hatzfeld que reuniese todas las tropas que quedaban en el Austria y la Baviera, y á pesar de la opinion contraria de este general, arriesgar en una batalla campal el último recurso, la postrera esperanza de estas dos potencias. Fernando III contaba con la superioridad numérica de su



caballería, y mas aún, con la proteccion de la Virgen que se le habia aparecido en sueños y prometido la victoria.

El 24 de Febrero de 1645 el ejército imperial tomó posesion cerca de Jancowitz de manera á hacer muy visible á los suecos su superioridad numérica. Pero Forstenson, que no contaba nunca á sus enemigos sino despues de haberlos vencido, comenzó él mismo el ataque con tanta impetuosidad que el ala izquierda de los imperiales mandada por el general Goetz, imprudentemente colocada entre los bosques y los estanques tuvo que replegarse y perdió en su retirada á su gefe y una parte de sus soldados y todas sus municiones. Este principio decidió del éxito de la jornada; continuando su marcha y rechazando los ataques de los imperiales, los suecos quedaron dueños del campo de batalla despues de un encarnizado combate que duró ocho horas. Mas de dos mil austriacos quedaron en el campo de batalla y el general Hatzfeld fué hecho prisionero con tres mil soldados.

Así fué como el emperador perdió en un solo encuentro su último ejército y el último tambien de sus buenos generales. Despues de esta derrota que abria á los suecos la entrada á los Estados hereditarios, huyó á Viena, tanto para ocuparse de la defensa de esta ciudad cuanto para hacer trasportar á su familia y sus tesoros á lugar seguro. Por su parte los suecos, semejantes á un torrente impetuoso, atravesaron la Moravia, cercaron la ciudad de Bruner, se apoderaron de todos los castillos y plazas fuertes de las orillas del Danubio, y no se detuvieron sino frente á la ciudad imperial. Las guarniciones que dejaron en los puntos conquistados y los trabajos imponentes con los cuales rodearon su campamento, probaron que no tenian la intencion de hacer al Austria una visita pasajera. Despues de una larga

vuelta al traves de todos los Estados del imperio, la guerra habia vuelto al fin al punto de donde habia partido y las bombas suecas recordaron á los habitantes de Viena las balac que veinticuatro años ántes habian arrojado los insurrectos de Bohemia contra sus murallas.

Las mismas causas produjeron idénticos resultados: los bohemios habian llamado en su auxilio á Betlem Gabor: los suecos se dirigieron á su sucesor Ragotzky que en el acto se puso en marcha, y atravesó la Hungría con tanta rapidez, que se esperaba á cada momento verlo incorporarse á Forstenson. Otras calamidades parecian tambien querer acelerar la ruina de la casa de Austria. Reducido á la última extremidad por las invasiones de los suecos, y abandonado por el emperador que despues de la derrota de Jankowitz no podia ocuparse mas que de la defensa de su capital, el elector de Sajonia se aprovechó de la única oportunidad de salud que le quedaba todavía y pidió y obtuvo de los suecos una tregua que se debia renovar de año en año hasta la paz general.

Por su parte el ejército frances se habia vengado con una campaña brillante de la derrota de Tuttlingen, y el general Turena habia llevado al duque de Enghien un refuerzo considerable que lo puso en estado de sitiar á Freiburg, defendida por el general Mercy. La tenaz resistencia bávara habia vencido al impetuoso valor de los franceses: la batalla del 3 de Agosto de 1644 les habia costado mas de seis mil hombres de sus mejores soldados; pérdida que fué tan sensible al cardinal Mazarino que le arrancó lágrimas, mientras que el duque de Enghien, inaccesible ya á todo otro sentimiento que no fuera el amor á la gloria, escribió friamente que una sola noche de Paris daba existencia á mas hombres



de los que habian muerto en la batalla de Freiburg. Por otra parte, si esta batalla forzó á los franceses á una retirada momentánea, debilitó de tal modo á los bávaros, que no podian ni socorrer al Austria, ni detener los progresos del enemigo en las orillas del Rhin, donde se apoderó sucesivamente de Spire, Worms, Manheim, Philipsburg y Maguncia.

Los mismos acontecimientos que al principio de la guerra habian impedido al Austria ser presa de los insurrectos de la Bohemia, la salvaron tambien de la muerte que le preparaba Forstensohn. Ragotzky acababa de llegar al campo de los suecos con veinticinco hombres: pero esta horda de bárbaros, acostumbrada á vivir de rapiñas y del pillaje, no sirvió mas que para devastar el país y agotar en poco tiempo los recursos del ejército, miéntras que fué imposible obligarlos á someterse á las combiaaciones de la táctica y á las reglas de la disciplina que aseguran á las naciones civilizadas ventajas duraderas. Betlem Gabor no habia venido en otro tiempo al socorro de los bohemios sino con el objeto de arrancar al emperador un rescate vergonzoso y saquear impunemente sus Estados. Ragotzky tampoco tenia otra mira, así es que se apresuró á volver á su país en cuanto no tuvo que robar, y que Fernando III consintió en pagarle la suma que le pedia para desembarazarse de su desastrosa presencia.

Hacia ya cuatro meses que el grueso del ejército sueco sitiaba la ciudad de Brunn; pero el comandante de esta fortaleza, desertor sueco, y que por consiguiente no podia esperar clemencia del vencedor, se defendia con el valor de la desesperacion. Esta resistencia inesperada, la repentina retirada de sus aliados transilvanos, y las enfermedades contagiosas cuyos estragos diezaban al ejército, obligaron al fin á Forstensohn á levantar el sitio de Brünn. Poco despues le-

vantó tambien el campamense establecido bajo los muros de Viena, y dejó el Austria y la Moravia despues de haber puesto guarniciones dobles en las plazas fuertes que habia conquistado en estas provincias. Con esta precaucion queria asegurarse el medio de volver cuando las circunstancias lo permitieran; pero al año siguiente todas estas plazas cayeron de nuevo en poder de los imperiales, y en poco tiempo las ciudades y distritos de la Bohemia y de la Silesia, cuya conquista habia costado tan caro á los suecos, no fueron para ellos mas que lugares de tránsito que se les veia sin cesar tomar, perder, conquistar y volver á perder de nuevo.

Si las brillantes campañas de Forstensohn no tuvieron para su país todas las ventajas que él podia esperar de ellas, produjeron por lo menos varios resultados importantes. La reputacion de las armas suecas habia vuelto á ser tan brillante como en el tiempo de Gustavo-Adolfo; la Dinamarca se habia visto obligada á pedir la paz y la Sajonia á solicitar una tregua. El emperador habia moderado su orgullo y sus pretensiones; la Francia era favorable á la Suecia, que habia llegado á ser bastante fuerte para emplear en las negociaciones de paz el lenguaje firme y seguro de un vencedor. Satisfecho con la posicion que habia sabido formar á la causa sueca en Alemania, Forstensohn se retiró á la vida privada, y volvió á su país cubierto de gloria y con nuevas enfermedades.

Su separacion salvó al Austria de la invasion con que estaba amenazada sin cesar del lado de la Bohemia; pero casi al mismo tiempo se vió amagada de un nuevo peligro por el de la Suabia y la Baviera.

Durante la campaña de 1645, Turena habia sido batido cerca de Mergentheim por el general Mercy, quien á conse-



cuencia de esta victoria entró al país de Hesse, pero el duque de Enghien dejó en el duto la Alsacia, el general Hönigsmark la Moravia y las tropas de Hesse las orillas del Rhin, para incorporarse al ejército de Turena. Con estas fuerzas reunidas, este gran general rechazó á los bávaros hasta la extremidad de la Suabia. Cerca de la aldea de Allersheim, poco distante de Nordlingen, lograron al fin rehacerse porque se trataba de defender la entrada de la Baviera. Se fortificaron en una posición casi inexpugnable, pero semejantes obstáculos no podían detener al intrépido duque de Enghien. Condujo á sus tropas contra los atrincheramientos del campamento de los enemigos, y estos, con su resistencia tenaz y heroica, hicieron de esta batalla una de las más sangrientas de esta larga guerra. La muerte de Mercy, el genio superior y la indomable firmeza de Turena, y la intrepidez de las tropas de Hesse decidieron al fin la victoria en favor de los franceses: pero este nuevo y bárbaro sacrificio ofrecido al dios de las batallas, y que costó tantas víctimas humanas, no ejerció sino una pequeña influencia en la continuación de la guerra y sobre todo en las negociaciones de la paz.

El ejército francés, fatigado por un triunfo que tan caro le había costado, debilitado por la partida de las tropas de Hesse y espantado por el refuerzo que el archiduque Leopoldo llevaba á marchas forzadas á la Baviera, se replegó hasta el Rhin y permitió á los austriacos reunir todas sus fuerzas contra los suecos que se encontraban estacionados en Bohemia y en Silesia. En 1646, inmediatamente después de la partida de Forstenson, se nombró á Gustavo Wrangel comandante en jefe del ejército sueco en Alemania, el que sin contar al cuerpo móvil del general Königsmark y las guarniciones de las ciudades conquistadas en toda la exten-

sión del imperio, se componía de ocho mil ginetes y quince mil hombres de infantería. El ejército que el archiduque Leopoldo acababa de hacer entrar á la Baviera montaba á más de veinticuatro mil hombres. Después de haberlo aumentado con doce regimientos de caballería y diez y ocho de infantería, este príncipe se dispuso á atacar á los suecos antes que Königsmark ó los franceses pudiesen acudir en su auxilio. El intrépido Wrangel en lugar de evitar ó cuando ménos esperar á este enemigo tan superior en número, marchó á su encuentro al través de la alta Sajonia, donde se apoderó de Hoexter y de Paderborn: después entró al país de Hesse con la esperanza de unirse á Turena, y estableció su campo en Wetzlar, á donde fué á incorporarse Königsmark con su cuerpo de ejército. Pero el valiente Turena, encadenado por las órdenes de Mazarino que quería detener la fortuna de los suecos que volvía á renacer, tuvo que permanecer inactivo bajo el pretexto de que la seguridad de las fronteras francesas por el lado de los Países Bajos no le permitía abandonar su puesto. Las reiteradas instancias del gobierno sueco y el temor de estrecharlo con sus largas vacilaciones á firmar una paz particular con el Austria, decidieron por fin al cardenal Mazarino á conceder á Turena el permiso de obrar.

La reunión de Wrangel y del ejército francés se efectuó cerca de Giessen, á pesar de los esfuerzos de los imperiales, quienes persiguieron á los suecos hasta la Hesse, esperando así cortarles los víveres y separarlos de los franceses; pero ellos mismos no tardaron en experimentar los efectos de la calamidad que habían querido atraer sobre sus adversarios, y la pérdida de sus almacenes los redujo á soportar todos los horrores del hambre, que fué el enemigo más terrible